

varle sin las obras? No, sin duda; así, la fé que no está animada con las obras, es una fé muerta é inútil.»

La tradicion conforma plenamente esta verdad.

«La fé cristiana, dice Clemente de Alejandria, es una série continua de acciones hechas en conformidad con la voluntad de Dios y de Jesucristo; esto es lo que llamamos la fé; sin ellas, el mérito de las obras seria estéril: Abrahan no fué justificado por su fé, sino por las obras de su fé.» Oigamos al sábio san Agustin comentar el texto del Apóstol, que acabamos de nombrar: «La fé, sin las obras, es una fé muerta é inútil; si no hacemos las obras de la fé, nuestra fé es, pues, muerta é inútil.»

San Juan Crisóstomo con una comparacion justa, nos vá á decir lo que son las obras sin la fé: «Las obras sin la fé es una rica pintura, es una rica estátua; no hay vida, no hay ningun movimiento en rededor; se admiran las obras sin fé como ricas pinturas, como bellas estátuas. Hé aquí la vana recompensa de nuestras vanas acciones y de nuestros vanos deseos.»

¿Qué añadiríamos nosotros, hermanos míos, á estas palabras del Apóstol, en quien hablaba el Espíritu Santo? Debemos solamente sacar por consecuencia, y es una verdad triste, que la fé, sin las obras, es una fé muerta, y que compromete el porvenir. No nos vemos ménos obligados á admitir esta verdad, por muy terrible que sea.

2. Esto sentado, examinemos algunas acciones nuestras; pesémoslas en la balanza de esta fé; yo me dirijo á una asamblea cristiana, y, verdaderamente temblando, llego á un exámen semejante.

El Señor dijo á su profeta Jeremias: «Recorre todas las calles de Jerusalem; mira y considera, busca en todas sus plazas, si hallas un solo hombre que obre segun la justicia y que busque la verdad; que si hay alguno que jure por mí, diciendo: *Vivit Dominus*, viva el Señor; él se valdrá de este juramento para afirmar una mentira.»

«Pero, dijo el profeta, no hay quizás más que ignorantes pobres sin sabiduría y sin conocimiento de los preceptos del Señor: Iré á la casa de los ricos, los poderosos del mundo, los inteligentes del siglo; estos conocen sin duda los preceptos de su Dios.» El profeta fué, y esta ha sido su respuesta: «¡ Ah, Señor! ¡ ah, Señor! he hallado que todos esos han conspirado juntos con más osadía aún, para destruir vuestro yugo y romper sus lazos.»

Tal fué, digo, hermanos míos, la respuesta del profeta de la fé antigua.

Pues bien; yo, profeta de la fé nueva, iré al pueblo de la nueva ley, entraré en el templo, y allí, estoy convencido de ello, hallaré piado-

sos fieles en rededor del autor y consumidor de su fé; veré allí una gran parte de los que pasan los dias y las noches en medio de lágrimas, venir á depositar sus infortunios á los piés del que ha dicho: «Venid á mí vosotros que sufrís.» Yo oigo á esas almas abrasadas de amor decir, como en otro tiempo el profeta: «¿Quién nos dará alas como á la paloma, para ir á abismarnos en vos, Señor?» ¡Sí, sin duda, yo hallaré justos!

¡ Ah! El profeta de la ley nueva se presentó en el templo de la nueva ley, y la respuesta que vuelve al Señor, es más triste aún que la que trae el profeta de la ley antigua. El profeta de la ley nueva halló la abominacion de la desolacion hasta en el lugar santo. ¡ Ay! hermanos míos, yo he visto con frecuencia una asamblea de llamados cristianos, de cristianos, que apenas creen estar en presencia de Jesucristo. Saben bien, sin embargo, ¡ Dios mio! que el dia de vuestra passion vos tomasteis pan entre vuestras manos santas, y que despues de haberlo bendecido y hecho pedazos, vos le disteis á vuestros discípulos, diciendo: «Tomad y comedle todos, pues este es mi cuerpo.» Saben, sin embargo, que bajo estas especies vos estais presente en el altar santo; bien lo saben, pero no lo creen. No, hermanos míos, no lo creéis. Y si lo creéis, explicadme entónces vuestras distracciones, vuestra disipacion en el lugar santo, vuestra frialdad cerca de la hornera que debe abrasarlo todo; explicádmelo, explicáoslo á vosotros mismos. Si la fé viva de la presencia de Jesucristo os animase, no excluiríais como el profeta: ¡ Oh Señor! Un solo dia, pasado en vuestro templo, vale más que siglos pasados en los palacios de los poderosos!» Pero léjos de eso, se hurtan apenas algunos instantes á las pasiones para venir al templo del Señor. Despues, al entrar en este templo, la mano signa la frente sin pensar en ello; se ponen de rodillas, es una costumbre: ¿ por qué no hacerlo? Despues de una primera atencion á todos los objetos que rodean, la boca barbota algunas oraciones, que el corazon no oye. ¿ Por qué? Porque á fuerza de decirlas con ligereza, no han llegado á ser más que un vano sonido que el mismo Dios no oye ya. ¿ Y qué ha venido á ser ese corazon, hermanos míos, de cuyos latidos el Señor pedirá cuenta? ¡ Dios mio! ¡ así es como creen! ¿ Así es como se hallan en presencia de Aquel que será nuestro juez? ¡ Oh! no; vosotros no creéis en la presencia de Jesucristo! Si creyeseis en su presencia, exclamaríais: ¡ Oh Dios mio! al entrar en tu tabernáculo yo, quisiera espirar de temor y de amor. Pero léjos de eso, os veis forzados á confesar el estado de vuestro corazon, y decirle: ¡ Mi corazon no late ya por vos!... Además, ¿ qué habeis, Señor, hecho por el hombre? ¡ Vos fuisteis al Calvario!..

¡ Oh Dios mio ! ¡ Qué verdad tan triste ! Por una parte, la cruz; por otra, la práctica; por un lado, la inmensidad del beneficio; por otro, la inmensidad de la ingratitud y del olvido.

Examinemos ahora, hermanos míos, otro punto de vista de la pretendida vida cristiana. Por el pecado de Adán el hombre fué entregado á las miserias que esta falta arrastraba; pero Dios, como si se hubiese arrepentido de su severidad hácia su criatura, Dios quiso en estas mismas miserias darle un medio de salud; y hé aquí que trayendo sobre la tierra la paz á los hombres de buena voluntad, Jesucristo les dijo: « Bienaventurados vosotros que llorais; bienaventurados los que padecéis; bienaventurados los que sois pobres; bienaventurados los que sois perseguidos por la justicia. » Habeis oído, hermanos míos, estas palabras; están proclamadas en el santo Evangelio; las habeis probablemente meditado; y, sin embargo, vuestra conducta muestra claramente que, conociéndolas, no creéis en ellas.

En un día de comunión, por ejemplo, reconociendo hasta el exceso de las bondades que la mano liberal de Dios se digna derramar sobre vosotros, habeis podido decir: ¡ Oh ! Sí, Dios mio, ¡ vuestra bondad ha sido grande ! Haced pues que yo la reconozca; si no puedo, como Pablo, glorificaros con mis doctrinas y trabajos, que yo, como Job, esté dispuesto á glorificaros con mi dolor. Enviadme, pues, lo que os agrade. De la mano del Padre bajan las pruebas; pues bien, yo me postraré ante esa mano, yo besaré esa mano que prepara mi corona probándome.

Almas escogidas han hecho oír estas palabras; pero habiendo llegado el día de las tribulaciones, hemos hallado la carga demasiado pesada y demasiado insoportable; no hemos pensado, como el Apóstol, en glorificarnos de nuestras enfermedades; las hemos hallado todas ellas demasiado duras, y hemos olvidado que el pan de las lágrimas era el primer pan del perdón.

Si los males son la condicion inseparable del humano linaje, los males son, sobre todo, la escolta de la vida del cristiano. Acordaos del Evangelio: « Si alguno quiere ser mi discípulo, que él lleve su cruz y me siga. » Llevar su cruz, es decir, mantenerse en las pruebas, vivir de la vida del Calvario, vivir de la vida de Jesucristo, vivir de todas las condiciones esenciales del cristiano, y sin las que no se puede ser cristiano: para ser digno de su modelo, necesario es, como su modelo, estar atado á la columna de flagelación.

Pues bien, hermanos míos; volvamos sobre nosotros mismos: ¿ somos realmente cristianos ? ¿ Tenemos la fé cuando tenemos los padecimientos ? Y sin embargo, Jesucristo ha dicho: « Bienaventurados

los que padecen. » ¿ Tenemos la fé los que tememos la pobreza ? Y sin embargo él ha dicho: « Bienaventurados los pobres; » ha tambien añadido: « ¡ Desdichados los ricos ! » *Vae divitibus !* ¿ Tenemos la fé los que tememos la injusticia de los hombres ? Y sin embargo, él ha dicho: « Bienaventurados los que son perseguidos por la justicia ! » ¿ Tenemos la fé los que tememos las aflicciones de la vida ? ¿ Tenemos la fé nosotros, que léjos de bendecir la mano paternal que nos prueba corrige, acusamos su providencia ?... ¡ Y sin embargo, nosotros nos llamamos cristianos !

¡ Dios mio ! puesto que tenemos todavía este resto de fé, que nos tiene unidos á nuestra religion, aumentad esta fé, á fin de que seamos capaces de cumplir exactamente sus obras.

Sabemos que el hombre no debe siempre vivir sobre la tierra; sabemos que despues de la muerte dos eternidades se abren para el hombre, la una de dicha, la otra de desdicha; sabemos todas esas cosas, hacemos el semblante de creer en ellas, y, sin embargo, la realidad de nuestra conducta nos prueba hasta la última evidencia, que ciertamente no las creemos. Léjos de estar persuadidos que es un bien el morir, *mori lucrum*, tememos el momento de la muerte; no decimos como el Apóstol: « ¡ Quién me librará de este cuerpo ? sino que decimos: ¿ Quién me dará el medio de prolongar mi existencia, de prolongarla á toda costa, hasta á costa de mi conciencia ? ¿ Es así, hermanos míos, como podemos esperar la dicha despues de la muerte ? ¿ Es así como creemos que una dicha eterna nos estará guardada del otro lado del sepulcro ?

Decís cada día en vuestras oraciones: « Señor, venga á nos el tu reino. » ¿ Sabeis lo que quiere decir eso ? Pedís con eso despediros de esta vida, de sus distracciones, de sus bienes; pedís con eso á Dios de ir cerca de él. ¿ Quién de vosotros ha pensado en eso ? ¿ Quién de vosotros hará salir del corazon estas palabras: *Adveniat regnum tuum* ? « Que yo no viva de la tierra, sino de vuestro reino. » Oraís, pero sin pensar en vuestra oracion; y si poneis atencion alguna vez, no temeis más que una cosa, el ser escuchados. Si teneis fé, ¿ de dónde puede venir vuestro temor ? Jesucristo, decís, vendrá á juzgarnos. ¿ Pero no es quien ha venido á ser juzgado, condenado, muerto por vosotros ? ¿ No os es favorable ese juez, como Dios ? Como hombre ¿ no se ha declarado en favor de vuestros intereses ? Somos pecadores, decís aún. Pues bien; ¿ no ha dicho que habia venido por los pecadores ? Sin el enfermo ¿ de qué sirve el médico ? Sin la falta ¿ de qué sirve el Redentor ? La Iglesia ¿ no exclama: *Felix culpa*: oh culpa feliz ? En efecto, el hombre, á causa de su falta, ¿ no

ha sido feliz en ganar un semejante Redentor? Añadís: Jesucristo no ha pecado. No; pero todo el género humano había pecado, y sin la bondad de Dios, que lo sostiene, ¿el pobre género humano no caería desmayado sobre el camino? ¿No tendió el Señor la mano al hijo pródigo, que también había pecado? ¿Y qué hizo cuando encontró la oveja extenuada de fatiga? La tomó sobre sus espaldas, para economizarla la fatiga de la vuelta. Pero, añadís aún, ¿mi vida no ha sido un tejido de crímenes? ¡Ah! consolaos: ¡la vida de Jesucristo fué un tejido de misericordias! ¿No dijo á la Magdalena: «¡Oh mujer! os será perdonado mucho, porque habeis amado mucho?» Sabeis bien todas esas cosas; y si temeis morir, es porque no creéis. La fé cristiana, la que obra la justicia, es más fuerte que la muerte.

¡La muerte! ¿Pero cómo se ha presentado la muerte ante vosotros? ¿No la habeis visto jamás sino sacudiendo una sábana, y mostrándoos solamente el olvido de todos en un sepulcro? Pues esa muerte es la muerte del mal cristiano; pero la muerte del cristiano verdadero es el ángel de la perfección eterna, es el ángel de la inmortalidad, cerrando con una mano las puertas del destierro, y con la otra abriendo las de la patria.

Podríamos, hermanos míos, prolongar este exámen, y al lado de cada palabra del Evangelio mostrar nuestra indiferencia ó nuestra locura; pero limitémonos á esta lacónica instruccion, y terminémosla con estas palabras de un Apóstol: «Si teneis fé, que ella se muestre en todos vuestros actos; que haga florecer en vosotros todas las virtudes; una voluntad sincera y sin disfraz, un amor ardiente por la gloria de Jesucristo, vuestro Señor y maestro; un odio profundo al mal y á cuanto puede llevar á él; una expresion incesante de amor y misericordia; una adhesión inviolable á cuanto concierne la gloria de Jesucristo. Si teneis fé, que ella os haga practicar sin repugnancia y con amor las obras de misericordia; llorando con los que lloran, alegrándoos con los que se alegran, no faltando á nada, en fin, ante Dios ni ante los hombres.»

Obrando así, sereis verdaderamente cristianos, es decir, testigos de vuestra fé, testigos de Jesucristo.

Os pedimos esta fé, Señor. Concedédnosla; á fin de que, viviendo de las obras de la fé sobre la tierra, podamos alcanzar la vida, que nos habeis prometido. Amen.

FÉ.

(PROPAGACION DE LA)

VI.

Deus omnes homines vult salvos fieri.

Dios quiere que todos los hombres se salven.

(I TIM. II, 4.)

La Santa Escritura nos enseña, que en el plan divino de la Providencia no ha habido excepcion alguna, por lo que respecta á la redencion de los hombres; plan no limitado á un tiempo, á una clase, sino extensivo á todos los tiempos, á todos los lugares y condiciones. Y si no todos se han salvado, la culpa no es de Dios, ni de los medios que ha empleado, sino que la tiene la libertad humana, sea de los individuos, sea de las naciones. No quiero examinar en el pasado, esto es, en los escritos anteriores á la venida de Jesucristo, cuales fueron los medios eficaces de que se valió para atraer á todos los hombres á la verdad y á la caridad. Es asunto de alta importancia, mas no el de que me propongo hablaros hoy. Quiero, sí, examinar los medios que en los tiempos posteriores determinó y eligió Jesucristo, para comunicar á todos, sin excepcion, los beneficios de su palabra, de su vida y muerte. Veremos cuál es el medio de que se valió al efecto, y como todos, sin excepcion, debemos y podemos contribuir al mismo. Tales son el objeto y division de este discurso. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. No cabe duda, hermanos míos, que era ya algo grande é inaudito, servirse de algunos hombres para convertir al mundo; porque ¿qué es un puñado de hombres, por más decididos que les supongamos? ¿Qué son algunos hombres á quienes se dice: *Id y enseñad?* Tal vez mañana morirán; pero aún cuando vivan, bastará un déspota para impedir el desarrollo del cristianismo y de la salvacion del linaje humano; pues el Salvador no ha dado á sus apóstoles ninguna arma para defenderse de aquellos á quienes la verdad desagradará.

No todo consiste en enviar; es necesario armar á los enviados. Nada son los hombres sin el poder de que son depositarios. Enviar á alguno, sin darle poder, es un acto inútil, un acto que nada puede producir. ¡Pues bien! ¿qué armas les dió? ¿Las del alma? Por el contrario, á todos les hizo iguales en talento, en ciencia y palabra, con todo el resto del género humano. ¿Les dió las de los guerreros? Por el contrario, en el momento de su pasión, rodeado de enemigos, dijo á uno de sus discípulos, que tiró de la espada por un exceso de lealtad: *Pedro, vuelve la espada á la vaina, pues quien á hierro mata á hierro muere*. Así, ni el poder de las armas, ni el poder de la ciencia, ni el de la palabra, nada de todo eso fué dado á los apóstoles. Se les dijo no más: *Id por todo el mundo: predicad el Evangelio á todas las criaturas; pero no olvideis, que os envío como ovejas en medio de lobos*. Recataos de cierta clase de hombres; pues os delatarán á los tribunales, y os azotarán en sus sinagogas, y por mi causa sereis conducidos ante los gobernadores y reyes. Grandes serán las tribulaciones que tendreis en el mundo; pero tened confianza, porque yo he vencido el mundo. Y cuando os hagan comparecer en los tribunales, no discurráis de antemano como habeis de responder; pues yo pondré las palabras en vuestra boca, y una sabiduría, á la que no podrán resistir todos vuestros enemigos: *Ego dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri* (Luc. XXI, 15).

A estas promesas Jesucristo añade: «Y todos los días estaré con vosotros, hasta la consumación de los siglos.» No me vereis más, ya no me oireis de una manera visible; ya no me encontrareis curando enfermos, resucitando muertos, arrojando á los demonios: pero estaré con vosotros, andaré y llevaré mi cruz delante de vuestra palabra. Hé aquí vuestro poder, apóstoles. Dó quiera que vayais, si teneis la caridad de verdaderos apóstoles, se reconocerá que hay en vosotros alguna cosa sobrenatural, y que Dios está con vosotros y dirige vuestros pasos y vuestras acciones. Y en efecto, amados hermanos míos, yo digo que el apostolado, así abandonado, es el gran milagro perpetuamente visible de la Iglesia.

Pero en este siglo, en el siglo décimonono, en el momento en que os hablo, ¿es el apostolado un sueño en nuestra cabeza? No; por el contrario, jamás ha sido mayor el poder apostólico que en los tiempos actuales. Las vastas regiones de América, no son las únicas que hallan apóstoles y reciben la luz evangélica: hasta en las islas más remotas, hasta en aquellos islotes, ha poco sin nombre, y que apenas lo tienen aún; en aquellas playas, tantas veces asoladas del Japon, de

la China y de la Corea; en todos los puntos, en todos los promontorios, en todos los valles, en todas las profundidades del Asia, hay apóstoles en este momento; apóstoles que andan, hablan y padecen, que tienen hambre y sed, que contestan á los magistrados que les interrogan, y mueren en los cadalsos. Sí; el apostolado vive todavía. La Iglesia es apostólica en el siglo décimonono, como lo era en los primeros siglos, y solo ella merece aún en todas las iglesias, en todas las sectas, en todas las religiones, en todos los reinos, solo ella merece el título de apostólica, tan claramente y más claramente aún que el de católica.

2. ¿Estas palabras: *Id y enseñad*, se han dicho á algunos hombres escogidos? ¿Es el apostolado una particularidad en la Iglesia católica, ó es una universalidad? ¿Dijo Jesucristo á sus discípulos solamente: *Id y enseñad*? No; de todo lo que en la Iglesia se hace, la Iglesia entera es solidaria. Su Iglesia es apostólica, y este título, que conviene á la Iglesia, conviene por *solidaridad de comunión*, por valerme de la expresion del símbolo de Nicea, conviene á cada fiel en particular. Sí, pues, somos apostólicos, debemos contribuir al apostolado, y demostrar, que este título no lo hemos llevado ni lo llevamos sin razon. ¿Y cómo?

Podemos tomar parte en el apostolado de muchas maneras: por medio de la oración, demandando á Dios que se procure apóstoles. Podeis hacerlo con la educacion de vuestros hijos; podeis hacerlo pidiendo á Dios, como en los tiempos de fervor cristiano lo hacian, desde los príncipes á los habitantes de las chozas; pidiéndole, que se procure en vuestra sangre algun apóstol, algun santo sacerdote, que reciba la mision de ir á morir por la propagacion de la fé. Y si este sentimiento se ha vuelto más raro, si en tantas familias no se consiente siquiera en dar un tributo al sacerdocio ordinario, si eso pasa, es porque nuestra fé se ha entibiado, y no comprendemos el principio de apostolicidad que se nos ha dado.

Pero hay una apostolicidad más sencilla, que cuesta mucho ménos que el sacrificio. Debémosla á la admirable institucion de la propagacion de la fé. Esta maravilla, esta bendicion, ha sido reservada á nuestra edad para consolarnos y alentarnos. Hoy, distintamente de los tiempos antiguos, en que todo se hacia por los príncipes y grandes de la tierra, en que eran los príncipes quienes fundaban los monasterios y enviaban misioneros; hoy somos nosotros quienes, dando nuestro óbolo, podemos enviar apóstoles, como los reyes de nuestra España, de Portugal los enviaban á las naciones por sus navios conquistadas. Nosotros, hoy, depositando nuestra limosna, podemos contribuir á la

regeneracion, al desenvolvimiento del sacerdocio apostólico. Los más humildes, los más pequeños, pueden dar alguna cosa á la sangre de los apóstoles y de los mártires. Y así, este tesoro, cuyos filones no podemos seguir por su oscuridad, porque en la naturaleza todo lo grande es oscuro: este tesoro aumenta sin cesar con las economías y los sudores del pobre de los campos y de las ciudades, del obrero, en una palabra, de cuantos sufren y cumplen en la tierra el gran ministerio y el grande apostolado de la penitencia cristiana. Pero vosotros, que vivís con comodidad, y que haceis tantos gastos inútiles, ¿cuánto podeis contribuir al apostolado? ¿Podriais preciaros de ser buenos cristianos, si no hicieseis cuanto podeis en su favor?

Hermanos míos, sed solícitos de pagar vuestra deuda al apostolado. ¡Cuándo pienso en lo que pueden hacer vuestras limosnas! ¡Cuántas almas pueden con ellas rescatarse! ¡Qué dolor, cuando lo veamos mejor en el seno de la luz, qué dolor por haber gastado tanto dinero, no solo inútilmente, sino muchas veces con ligereza, ó de una manera más ó ménos culpable! Si por cada maravedí que, digámoslo así, arrojamos al suelo por capricho, dijéramos: Tal vez con él se podría salvar un alma; ¿qué abundantes limosnas haríamos para sostener á los apóstoles? Contribuyamos, amados oyentes, contribuyamos, segun nuestras fuerzas, á la conversion de los infieles, pagando un tributo para proporcionar lo necesario á los apóstoles de la religion, y de este modo alcanzaremos las más dichosas bendiciones, y mereceremos un premio eterno, que os deseo á todos.

FÉ.

(ASOCIACION PARA LA PROPAGACION DE LA FÉ.)

VII.

Non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate.

No amemos solamente de palabra, y con la lengua, sino con obras y con sinceridad.

(I JOAN. III, 18.)

El mundo nos dice que amemos; pero, al imponernos la ley del amor, desnaturaliza este noble sentimiento, aplicándole á objetos indignos de interesar nuestro corazón. Por esto el Evangelio nos dice: *Non diligamus verbo*. Fruto de este precepto evangélico son varios ejemplos, que tenemos á la vista; siendo el más brillante de todos la asociacion para la propagacion de la fé: *Sed opere et veritate*.

Esta admirable institucion es un monumento de nuestro amor y de nuestra fraternidad. Y la razon es, porque nosotros profesamos un amor real y verdadero, puesto que hemos acudido al auxilio de criaturas humanas, en las cuales ni la diferencia de origen, ni de costumbres, ni de nacionalidad, ni de idioma, nos retrae de reconocer hermanos y amigos en todos los hombres: por esto nos hemos reunido en este dia, para dar gracias á Dios por las bendiciones que ha derramado sobre esta asociacion y avivar nuestro celo, para favorecer la propagacion y las santas conquistas de la fé.

Al efecto me he propuesto en este dia manifestaros: 1.º, que esta asociacion es profundamente cristiana; 2.º, que es fecunda en resultados; 3.º, que todos los fieles estamos en el deber de prestarle apoyo. A. M.

1. La asociacion para la propagacion de la fé es la obra más profundamente cristiana que se ha fundado en nuestros dias, porque es una obra universal, porque no ha comenzado á cobrar fuerza ni á extenderse sino cuando ha tenido la conciencia de su universalidad. Mientras estuvo circunscrita á algunas diócesis, quedó oscura, débil,

y no dió grandes resultados; y solo desde el instante en que se declaró establecida para todo el mundo, y dispuesta á realizar su conquista, Dios le comunicó toda la vida que necesita, todos los auxilios que le son indispensables. Con efecto, la fé es universal, y no conoce límites, ni en el espacio ni en el tiempo; posee la verdad eterna y permanece eterna; no está sometida á los accidentes ni á las veleidades del mundo; es necesario que vaya á difundir sus resplandores á todos los pueblos; y no habrá terminado su mision en la tierra, hasta que no le quede en el mundo espacio por conquistar, hasta que le habrá recorrido en toda su extension.

La asociacion para la propagacion de la fé se dedica á difundir la vida, la vida eterna, la vida verdadera por medio de los misioneros del Dios vivo, á quienes sostiene y presta todos los auxilios de que han menester. Solo por la palabra de Jesucristo el infiel conoce la verdad, la eterna ley, no esa ley humana, que no expresa más que una parte de la justicia, y que solo representa intereses momentáneos; sino la ley que emana de las relaciones de Dios con su criatura, y que expresa todo el amor de Dios para el hombre. De ahí es, que la verdadera dicha no se encuentra sino en los corazones que se dan sinceramente á Jesucristo, porque solamente en el manantial eterno puede apagarse la sed del hombre, y puede saciarse su hambre.

Jesucristo pide que permanezcamos unidos como él lo está con su Padre, esto es, por el amor más profundo, el más indisoluble; esto es precisamente lo que el cristianismo pretende realizar en toda la tierra. Luego, siendo este el objeto sublime, inmenso, que se propone especialmente la asociacion para la propagacion de la fé, es el propio fin del cristianismo, es la continuacion de la obra que Jesucristo vino á realizar sobre la tierra: *Sint unum, o Pater, sicut nos unum sumus*. Un solo bautismo, una sola fé, un solo Señor, un solo rebaño, un solo pastor.

Esta obra santa lleva tambien á las naciones las luces de la ciencia, las fuerzas y los recursos de la civilizacion, la verdadera ley, la verdadera libertad, la verdadera dicha. Con efecto, ¿en dónde encontramos la civilizacion verdadera? Allí en donde se predica y se cree la palabra de Jesucristo. Solo allí las costumbres se suavizan y mejoran y perfeccionan; solo allí los hombres se aman con sinceridad, no por las simpatías de la carne, sino por vínculos más latos y más íntimos, por los vínculos del amor eterno.

2. Antes de hablar de sus inmensos resultados, fijemos, por un momento, la atencion en la debilidad de sus medios. Todas las obras destinadas á un gran desenvolvimiento, y bendecidas por el cielo, se dis-

tinguen en la tierra por su origen humilde, por su carácter misterioso y por las contrariedades de que son objeto. Tres elementos sumamente sencillos se encuentran en la asociacion para la propagacion de la fé: 1.º la limosna del pobre; 2.º la oracion; 3.º la aprobacion de la Santa Sede. Y sin embargo, ved, amados oyentes, cuales han sido los resultados de esta asociacion. Hace apenas treinta años que esta asociacion envió algunos sacerdotes, los cuales emprendieron el viaje con el báculo del apostolado en la mano, y ya han recorrido los puntos más remotos del África y toda el Asia. La América ya no tiene desiertos donde la voz de estos apóstoles no haya tenido eco. Todas las islas de la Oceania han sido visitadas por ellos. Y de todas estas conquistas, de las cuales una sola bastaba para dejar satisfecha la ambicion del hombre, nada se ha perdido, nada se ha abandonado. La propagacion ha salido victoriosa de todos los obstáculos. Toda obra que trae origen de la Iglesia, encuentra á su paso, como su madre, contradicciones malévolas y cobardes persecuciones. ¿Cuántos esfuerzos se han hecho para destruir esta obra de la propagacion de la fé? La herejía ¿no ha echado en pos de los sacerdotes católicos á sus ministros para paralizar su influencia? La calumnia ¿no ha derramado sobre ellos su hiel y su ponzoña? ¿No se han levantado verdugos en tierras inhospitalarias para derramar la sangre de los mártires? Pero ¿cuál ha sido el resultado? La fé ¿ha corrido por esto serios peligros? ¿No estais viendo, al contrario, que todos los dias va ganando favor entre la muchedumbre, y que promueve una nueva actividad?

Observad, hermanos míos, el destino de vuestras limosnas y los beneficios que producen. Subid contra la corriente de los rios, pasad los estrechos, salvad los montes. Aquí agranda los templos, cuyo ámbito era reducido para la multitud, que está ansiosa de oír la divina palabra; allí levanta iglesias nuevas. El recinto sagrado se llena de oyentes, y cada reunion se distingue por algun triunfo brillante de la verdad. Además, con vuestras limosnas se reúne en las escuelas á los niños, que sin esto hubiesen sido presa de la depravacion y hubieran imitado las costumbres bárbaras de sus padres, mientras que en las escuelas católicas diariamente reciben lecciones de virtud y piedad filial.

Observad los pasos gloriosos que da el misionero de la propagacion de la fé. No son solamente trasformaciones espirituales las que obra en las almas, no solamente derriba ídolos; trabaja todavia en otro orden de cosas, pues desciende hasta á la civilizacion material; pero siempre trabaja por el bien de la sociedad; y la gloria del Señor